

CAPITULO XIV
**Los embajadores
escriben sus memorias**



CAPÍTULO XIV

LOS EMBAJADORES ESCRIBEN SUS MEMORIAS

Dos hombres que ostentaron en Madrid la representación de sus países -Hoare y Hayes- han publicado recientemente libros dando cuenta de su misión y enjuiciando nuestra política y muy concretamente mi participación personal en ella. Especialmente uno merece la pena de ser estudiado desde mi punto de vista. Es el libro del Vizconde Templewood: un libro poco noble, no demasiado veraz, cargado de truculencias; un libro estropeado por el rencor, por la amargura, y por la atención a la "galería". Un libro que podía ser importante y no lo es. Pero es, en fin, un libro en el que se me da cita, bajo la creencia desleal de que yo no acudiría a ella. También en este punto se equivocaba su autor, demostrando conocerme demasiado mal.

Aunque vencedores Hayes y Hoare no han de ser los únicos historiadores de una historia que el uno conoce de oídas -escribe lo que le han contado- y que el otro tergiversa por cuenta de su particular y deleznable interés.

De los jefes de misión acreditados en Madrid seis debían tener interés a los fines de este libro desde el punto de vista de la política española de no-beligerancia¹. Sin embargo los embajadores efectivamente actuantes, desde los dos intereses opuestos de la guerra, fueron sólo Sir Samuel Hoare y von Stohrer, el inglés y el alemán.

Con Mr. Weddell, el primer Embajador de los Estados Unidos, había tenido, en los tiempos de mi estancia en Gobernación, una relación francamente amistosa. Era un hombre simpático. Mejor diría que era un matrimonio simpático, puesto que con la señora Weddell constituían -como en otro tiempo los Fauppel- "un matrimonio embajador". La señora Weddell pertenecía, si no me equivoco, a una familia muy rica de América; era extraordinariamente amable y expresiva. Cultivaba la beneficencia aportando al "Auxilio Social" -por el que se interesaba mucho- y a otras instituciones y a particulares, envíos frecuentes y variados, aunque pequeños, de medicamentos y productos dietéticas. Él -lo recuerdo- era un hombre alto, delgado, rubio, atildado, de cara bondadosa, can lentes a lo Wilson y con botines blancos. Hablaba bastante español. Cuando yo pasé a Asuntos Exteriores aparecieron pronto pequeños rozamientos, principalmente por cuestiones de prensa. Reclamaciones por imprudencias y hasta

¹ Los otros son: Theotonio Pereira, Embajador de Portugal, buen amigo nuestro desde los tiempos de Burgos hasta el final de su gestión. Hoare también ha querido inocular su veneno en este asunto, atribuyéndome una oposición sistemática a los planes de amistad con Portugal que él presenta como obra inglesa. De mi amistad con el país vecino aquí y en Berlín he hablado ya.

Lequio, Embajador de Italia, buen funcionario, hombre afable y tímido, muy sinceramente amigo de España, que pronto sustituyó al general Gambará, distinguido como buen soldado en la guerra de España. Yakichiro Suma, Ministro del Japón, dedicado a hacer de mecenas artístico y a formar una colección en la que entraba todo lo que le vendían.

El Embajador de Francia François Piétri, hombre de notoriedad en la política de su país, muchas veces Ministro, escritor distinguido, llegó a España en circunstancias poco propicias para realizar la acción diplomática importante a que por su capacidad estaba llamado. Se ocupó principalmente, en circunstancias bien delicadas, de la defensa cerca del gobierno español de los millares de franceses que pasaban por España, casi siempre para trasladarse a Marruecos o Argelia. Se puso en relación con la Cruz Roja Española para socorrerles y ayudarles, lo que no gustaba mucho a los alemanes.



De izquierda a derecha, doña Zita Polo de Serrano Suñer, Embajador del Japón, don Ramón Serrano Suñer y Embajador de Alemania Von Stohrer.



El Embajador Weddell tras la presentación de sus cartas credenciales en abril de 1939.



Alexander W. Weddell, primer Embajador de los Estados Unidos ante el Gobierno de Burgos.



Burgos, julio de 1939. El Embajador portugués Theotonio Pereira con el diplomático español Sangroniz.

desatinos cometidos sin mi anuencia, pues la prensa ya no dependía de mí. Había quedado bajo el control de Ministro de la Gobernación primero (Galarza) y del Ministro Secretario del partido (Arrese)² después; y estaba allí en manos de gentes resentidas y, sin duda por la protección que antes les dispensara, muy poco amigas mías. Esto tanto Hoare como Hayes parecen ignorarlo en sus libros. Hoare ignora sin derecho a ignorar, esto es, deliberadamente. No pocas veces esa independencia de la prensa me ocasionaba amarguras y disgustos. Con frecuencia franco-tiradores sin responsabilidad comprometían con su iniciativa negociaciones difíciles a situaciones delicadas. A causa de esa desconexión tuve que reprender -a veces con dolorosa severidad- a personas que estimaba y que, por no depender de mí, campeaban por sus respetos atolondradamente o recibían órdenes de quienes procedían con deliberada indiscreción y me hacían oposición en un tono de supergermanofilia que pretendía darme lecciones. Quien era entonces mi Subsecretario, el diplomático Pan de Soraluze, muy justamente estimado por Hoare y por Hayes pues fue siempre un sincero amigo de su causa, puede dar de cuanto digo cumplido testimonio. (Acaso, con aquella experiencia, pagaba yo mis excesos con Beigbeder en el tiempo en que llevando él la dirección de la política exterior guerrilleaba yo en ella desde la prensa. Fuera cual fuera la política exterior a seguir era indispensable seguirla con el más riguroso control de la prensa, cuando el Estado en virtud de la censura aparecía como responsable del contenido de esa prensa. Tanto es así que si el hombre de la calle lo ignora, cualquier persona medianamente informada sabe -y Hoare debía saberlo- que al fin planteé por la prensa la cuestión de confianza y fue éste el motivo que más concretamente vino a decidir mi salida del Gobierno; este en combinación con un grave suceso de nuestra política interior que el mismo Hoare hace notar en su libro, en este caso con muy sagaz observación y con información bien matizada que muchos españoles desconocen.)

Mas aquellas cuestiones no ocasionaron incidente alguno entre Mr. Weddell y yo. La incompatibilidad vino más tarde. Conforme se acercaba la entrada de su país en la guerra Mr. Weddell fue haciéndose irritable y comenzó a perder los nervios. Fue él y no yo -como muchos saben y explicaré- quien los perdió, al contrario de lo que Hoare refiere sin ninguna veracidad. La cosa fue incluso divertida: El día en que ocurrió la inopinada agresión de los japoneses a Pearl Harbor -después del engaño de Nomura y Kuruso a Cordell Hull- estuvo en mi despacho descompuesto. Yo comprendo muy bien que un patriota americano estuviera en tal estado en aquella ocasión; pero ni yo tenía la

² La unión de los Servicios de Prensa y Propaganda en una Subsecretaría, había sido hecha por mí al formarse, en 1939, el segundo Gobierno. Puse a su frente al falangista Alfaro por presión de algunos falangistas históricos, pues yo había propuesto para este cargo al ex diputado Pabón que durante la guerra, desde mi Ministerio, llevó la propaganda exterior. De todo esto hablaré con más puntualidad en otra ocasión.

Pronto substituyó a Alfaro Antonio Tovar, que había sido jefe de los Servicios de Radio. Su nombre me lo inspiró, con la mejor acogida por mi parte, Riduejo a quien no le interesaba el cargo y que algún mes antes había abandonado voluntariamente el de Director General de Propaganda, sin que el Boletín Oficial publicara su cese hasta mucho después. Director General de Prensa, sucediendo a su hermano José Antonio lo había sido Enrique Giménez Arnau. Luego lo sería Ercilla -un medico psiquiatra- que continuó en el servicio con Galarza.

Fui yo mismo quien para sustraer los servicios del Ministerio de la Gobernación los había trasladado al Partido creando una Subsecretaría. Creí que así los seguiría controlando en alguna medida, lo que para mi política exterior, para evitar imprudencias, consideraba necesario; pero la verdad es que los perdí enteramente. Arrese eligió para dirigirlos a Arias Salgado (Vicesecretario se llamó entonces) y a Juan Aparicio como Director de Prensa. Todos fueron muy celosos de su independencia con respecto a mí, y con artículos e informaciones inconvenientes para la política exterior que yo conducía en momentos muy difíciles me crearon conflictos frecuentes.

culpa del ataque ni mucho menos inspiraba a Kuruso y Nomura. En realidad Weddell carecía de temperamento diplomático; era excitable tanto como bondadoso y un poco niño. Pocos días después volvía a verme y entraba furioso a mi despacho: Sin sentarse, con un ademán destemplado, arrojó sobre mi mesa un sobre de carta mientras decía: "Esto es lo que queda de la soberanía del Estado español." Tuve que dominarme para no responder a su violencia con otra violencia mayor. No quise dar pretexto a un incidente desagradable. Repuesto, le manifesté que daba por no pronunciadas sus palabras insultantes y quería pensar que no medía bien la gravedad de su alcance, sin duda por no dominar enteramente el castellano. Al fin se aplacó y –siempre sin sentarse– se explicó: La carta en cuestión estaba dirigida desde Nueva York a un súbdito americano residente en Madrid y llevaba en el sobre un matasellos de la censura alemana de Burdeos. La cosa era clara: La carta procedía con toda seguridad de alguna saca intervenida a un barco hundido o saqueado en el Atlántico por los submarinos alemanes que la habían llevado a Francia donde, no encontrándole interés a los fines de información, le dieron curso para España. ¡Casi debía tomarse como una gentileza! Del mejor modo que pude procuré dar a entender a Mr. Weddell que España no era culpable de que ellos se dejaran secuestrar la correspondencia en pleno Atlántico. Aparte de esto le ofrecí lacónicamente realizar una investigación sobre el caso, rogándole me dejase el famoso sobre y entonces ocurrió lo insólito. El embajador cogió rápidamente el sobre y lo partió en dos mitades llevándose una en función de garantía y comprobante. Acaso versado en leyendas españolas, tal vez lector de la "Crónica general", quiso imitar la prueba del medio anillo que diera la mora Arlaxa a su hijo Mudarra cuando, a grupas de un caballo andaluz, marchó desde Córdoba hasta Salas de los Infantes para ser reconocido por su padre el cristiano cautivo.

Le sucedió en el cargo Mr. Hayes, un profesor de Historia. Como él ha contado en su libro le recibí muy cortesmente; precisamente para subrayar que el incidente con Mr. Weddell había sido meramente personal y no afectaba a las relaciones entre los dos países. Yo deseaba restablecer una situación normal con el Embajador americano. La cosa no era fácil porque, ante todo, Hayes no hablaba una sola palabra de castellano ni de francés y una total desorientación acusaba su insipiente diplomática. Debo confesar que mientras a Hoare, enemigo hartado más peligroso e importante, le oí opiniones, informaciones y argumentos de interés a los que yo prestaba cuidadosa atención para recogerlos o –casi siempre– para replicarlos rápida y adecuadamente, a él, a Hayes –después de luego de Historia no llegamos a hablar– jamás le oí la más mínima cosa de interés en que poder fijar mi atención. Ahora comprendo aquella vaguedad de mi mirada perdida en el espacio que él ha consignado en su libro ofreciéndonos así un ejemplo de su penetración en las cosas de España. La verdad es que este buen embajador ni dijo aquí cosa de interés ni tampoco se enteró de casi nada. A quien conozca la intimidad política de España en aquellos años y enjuicie serena y desinteresadamente el libro de Hayes, le dará la impresión de que cuenta lo que le dijeron, ya que por sí mismo ni siquiera se percató del pasado –bien próximo y notorio– de los políticos españoles que son objeto de su amistad y de su elogio. Pero con su aspecto poco brillante –cargado de espaldas, de mirada inexpresiva y con las mejillas colgantes, tal como el gran Zuloaga lo ha immortalizado en un lienzo valioso– parecía muy satisfecho de ser embajador y muy sensible al halago en su nueva vida de comidas y fiestas.

En su libro usa del truco demasiado elemental –ahora documentalmente desacreditado– de cargarme a mí la titularidad de todos los males, cosa que ha aprendido de algunos de mis ilustres compatriotas, cabalmente de aquellos que, todavía más señalados que yo en

la política germanófila, quisieron librarse de las incomodidades, limitaciones, o riesgos que esto pudiera causarles, con el poco gallardo expediente de mi única responsabilidad. El buen profesor de Historia -que no historiador-les ayudó en su intento, por lo que ahora se ha quedado como aquellos... sin papeles, después de las aportaciones de documentos al proceso de Nuremberg. Como español lo deploro porque esto lo disminuye a los ojos de la verdad y del servicio que ha intentado prestar. Por lo demás he de agradecerle lo que el libro tiene de afectuoso para mi patria y considero notable su lucidez al comprender la oportunidad que para el mundo presente tiene la defensa de su causa.

Tengo la impresión de que el primer Embajador auténtico e importante -el único que en este periodo de tiempo enviaron a España los Estados Unidos- fue Norman Armour. No lo traté porque la notoriedad de mi posición y significación me impedían acudir -ni aun socialmente y a título de curiosidad- al servicio del vencedor. Tampoco hubiera sido discreto. De una situación difícil no se sale más que con seriedad y no era serio que los vencedores encontrasen -caliente la victoria- a las mismas personas sirviendo ocasiones y necesidades opuestas. Mas si no le conocí le observé con atención y ahora puedo decir aquí lo que antes confié privadamente a mis amigos: que tuve por una desdicha la marcha de aquel embajador, porque un hombre inteligente como el siempre hubiera tenido un papel importante que hacer en tan delicada ocasión como esta.

Sin peso político Hayes, eran, por lo tanto, como he dicho, Stohrer y Hoare los dos embajadores interesantes desde el punto de vista del Ministerio de Asuntos Exteriores. Ellos dos fueron -lo diré en términos de mi profesión de abogado- los dos grandes y asiduos clientes de mi despacho. Ya he hablado de Stohrer. Su posición no era difícil puesto que mi amistad con Alemania era leal; pero tuvo la virtud inestimable en la posición que entonces ocupaba, de ser a su vez leal amigo, discreto y respetuoso. Comprendió bien que yo era un *amigo* y que por ello ni por un instante podía hacer conmigo el papel de *gauleiter* que algunos han atribuido a la representación alemana en España. Ciertamente cumplió sus deberes de alemán muy tesoneramente, pero nunca, ni en los momentos de mayor poder, planteó una demanda que resultara una exigencia, ni una sugestión que pareciera una orden. Estuvo siempre en el puesto que correspondía a un embajador frente a un país soberano. Ante mí no le hubiera sido posible hacer otra cosa, pero la verdad es que no lo intentó. Sólo con excesiva insistencia (cumpliendo órdenes superiores) me pidió la expulsión fulminante de los diplomáticos polacos, holandeses y checos que yo sistemáticamente negué. Asimismo me propuso que nombrara Embajador de España en Berlín a determinada persona y no accedí, precisamente en razón del origen de esta propuesta. Él personalmente encajaba bien estas reacciones mías, por lo que sin duda a él y a mí nos hicieron la guerra desde la misma Embajada alemana en Madrid. Dirigía los ataques un tal Gardeman, comisionado especial de Ribbentrop, a quien ya me he referido en otro lugar, con la ayuda de los que aquí pretendían que mi amistad hacia el Eje no era bastante resuelta y alentaban contra mi movimientos supergermanófilos de *incondicionales*. Stohrer, en cambio, permaneció fiel al conducto diplomático regular. Algo de lo poco que esos otros lograron más allá de la espontánea y limpia amistad, es mucho de lo que Hoare quiere cargar a mi cuenta, a sabiendas de que las cosas son como por mí quedan dichas. Pronto lo veremos. Mi amistad, o, en otros términos, la amistad española hacia el Eje, fue una amistad digna, libre, independiente, fundada en legítimos intereses nacionales. Es éste un hecho cierto que ya antes de ahora he explicado. Hoare no se conforma con aceptarlo así y quiere gravar esa amistad con la tara del servilismo. Para ello echa a mi espalda y, lo que es

inico, carga a la cuenta de España, la acción inevitable de influencia -no demasiado grande- que los agentes alemanes pudieran ejercer sobre el pueblo español. Pero ¿no fue él quien primero aceptó ese juego? ¿No se erigió él en capitán de una injerencia política subterránea, de una acción de influencia, de reclutamiento y de propaganda? Yo no se lo reprocho, mas ¿por qué se queja de la contrapartida? ¿Por qué, para justificarse, tiene que complicarnos en ella? Ya va siendo hora de hablar concretamente de Hoare y del libro, transido de odio, que el Vizconde de Templewood nos ha dedicado.

Cuando Sir Samuel Hoare llegó a España enviado por su gobierno como "Embajador de Guerra", era sin duda un mal momento para su misión. Como él mismo llegó a sospechar era ya demasiado tarde. O acaso -vistas las cosas con la experiencia de todo lo sucedido era aun demasiado pronto. Acaso si Sir Samuel Hoare hubiera tenido a su llegada una tan profunda fe en la victoria de su país como hoy quiere demostrarnos, hubiera preferido esta segunda interpretación: demasiado pronto, porque hubiera podido ahorrarse muchas impaciencias y malos humores y haber sido más tolerante, más justo, y más flemático. Sea como fuere, era un mal momento: Francia se había hundido ya prácticamente y, como él mismo no ha dejado de registrar, la inmensa mayoría del pueblo español creía en la victoria alemana. Lo que no era, por otra parte, solo una creencia española sino bastante universal; acaso acentuada aquí con un matiz de satisfacción y simpatía. Sir Samuel Hoare hace un exagerado cumplido a la propaganda alemana pensando que esa creencia y simpatía nuestras fueran obra suya. Toda expresión de esa fe o de esa simpatía son, por tanto, para él, una mera colaboración con la propaganda alemana.

La perspicacia de Hoare, su espíritu de observador, de historiador y de político, se ha negado a considerar algunos aspectos de la cuestión. ¿No era posible que existieran las razones que antes expuse, de carácter histórico, de carácter patriótico y hasta sentimental, para que la mayoría del pueblo español sintiese espontáneamente aquella simpatía hacia el Eje? Ante todo estaba lo fulminante, lo espectacular, de la marcha victoriosa de la guerra por parte del ejército alemán; luego, el recuerdo de nuestra guerra civil: la actitud de unas y otras potencias extranjeras durante la larga y onerosa prueba de 1936 a 1939. Pero incluso entre la masa roja, vencida, no faltaron los decepcionados y los llamados a engaño. Las palabras más gruesas contra Inglaterra escuchadas en España salieron de la pluma de un gran poeta anarquista, León Felipe, que increpaba:

vieja raposa avarienta...

Y, repito, aquellas razones históricas —espejismos si se quiere-, la ilusión de mejorar nuestra postura, todo lo que ya en 1918 había tenido, aunque menos intensamente, su expresión en la sensibilidad española. Hoare ha preferido consagrar la genialidad de Goebbels y de sus agentes, o considerarnos agentes de aquel hombre, antes que meditar sobre estas cosas o simplemente percibir las.

Yo no ignoro la importancia y el valor de la propaganda, esa corruptora arma de dos filos que -digámoslo de paso- es un invento típicamente democrático. No ignoro su importancia y su valor, pero no puedo aceptar valoraciones exageradas. La mejor propaganda resulta baldía en un terreno poco propicio. Sirve más para fomentar inclinaciones y halagar instintos que para torcer voluntades. Y eso siendo muy bueno, lo

que nunca fue la propaganda alemana en España. Al contrario, era árida y pesada. La menos mala fue la que hicimos los españoles, no por cuenta del doctor Goebbels sino en servicio de lo que creíamos nuestros intereses nacionales.

Aunque no tan tontamente como Hayes, Hoare pretende demostrar que el desvío del pueblo español, con el que se encontró al llegar, era un producto de la obra del Gobierno de Madrid y de la propaganda alemana en perfecta coordinación. Hoare, no obstante, deja entrever que sabe muy bien... que esto no es verdad; que sabe bien que aquel ambiente poco grato que él encontrara en 1940 era espontáneo y claramente explicable por el circunstancias que ya he explicado. Sin embargo, decidido a no querer entender esto, menos aun podía entender que hubiese aquí una política tenida de simpatía hacia el Eje pero basada en razones, intereses y motivaciones, netamente españoles.

Apenas toma contacto con el país, hace el descubrimiento de una España solicitada por dos bandos rivales, empeñada en una segunda e incruenta guerra civil en la que de una parte -conmigo a la cabeza- forman los clientes o siervos de Alemania y de otra los amigos de Hoare y de Inglaterra. ¡Peligrosa clasificación! ¿No vendrían entonces a ser también los amigos de Hoare siervos o clientes? ¿Por qué habrían de ser ellos y no nosotros los patriotas auténticos? Si para Hoare era posible -para mí lo era y conozco millares de dignísimos ejemplos- un auténtico patriotismo español movido hacia la esperanza -tan remota y tan incierta entonces- de una victoria inglesa ¿no era posible entender que también el patriotismo moviera nuestra política como única defensa posible de un peligro cierto y como prudente previsión de una victoria germana? Enseña la experiencia que en pruebas terribles como aquella no suelen ser las almas más puras, las más sinceras ni las más fervorosas, las que permanecen indiferentes. Los españoles con sensibilidad, anglófilos unos, germanófilos otros, por distintos caminos, pensábamos todos en el mejor servicio de España. Hoare no se tomó entonces la molestia de considerar semejante hipótesis; y en la angustia de aquellos años era explicable. Mas no lo es ahora, cuando pasada la guerra, ha podido tender sobre los acontecimientos una mirada imparcial, una ojeada de historiador.

A Hoare -pensémoslo así en su honor aquellos años de ambiente difícil y adverso le han enturbiado el ánimo para siempre. Entonces tomó partido como le correspondía, pero no ha sabido dejar de ser partidista a la hora del balance histórico. Tanto peor para él. Ha perdido la ocasión de escribir un libro alto, imparcial, auténticamente valioso, sobre su experiencia en España. Seguramente que ese libro también me hubiera sido adverso, mas por adverso que me fuera yo le haría los debidos honores. Ha perdido, repito, una hermosa ocasión. Él, que es figura importante -aunque evidentemente decaída- entre los vencedores, podía haber escrito el libro sereno, imparcial, documentado y noble que nos debía: un verdadero libro para la Historia. Pasados unos años ese libro hubiera unido a su nombre un título más. Pero ha preferido el éxito fácil -que ni siquiera parece haber alcanzado- y, mejor que servir a la verdad, ha querido servirse a si mismo en su más pequeña dimensión, como político de partido que cultiva una clientela. No ha escrito el libro para fijar y valorar unos hechos históricos; lo ha escrito "brindando al sol" para tratar de afianzar una posición política dentro de Inglaterra entre los que fueron sus propios electores que, tal vez con injusta exigencia, le pidieran algunas justificaciones. Es disculpable; pero entendidas así las cosas, tratándose de un político de profesión que defiende su empleo.

Por lo que a mí me atañe -me dedica una parte de su libro tan extensa que no puede menos de envanecerme- ha preferido el insulto al enjuiciamiento sereno. Ha puesto en fila cuantas palabras injuriosas le brinda el idioma inglés; camino en el que yo no he de seguirle, aun estando segura de vencerle, ya que para ello me ofrece el castellano más fértil vocabulario. Ha escrito un panfleto plagado de inexactitudes, apasionado mezquino, indigno de él e incluso de su labor, para la que yo he de ser justa en la censura y en el elogio. Yo no seguiré su mal ejemplo, ni responderé a la desconsideración con la desconsideración ni a la injusticia con la injusticia. Él no me ha hecho la justicia de comprender mi posición ni de reconocer a mí el fervoroso servidor de un interés nacional legítimo, que pudo equivocarse en su previsión, pero con intenciones claras y con fundadas razones que él no puede ignorar. Yo en cambio le haré justicia y hasta le ayudaré en su tarea de recobrar o de extender el crédito político que tanto apetece, porque he de decir que este malísimo historiador fue, en cambio, un eficaz servidor del Imperio británico y que ninguna otra misión diplomática aliada en España fue tan valiosa, tan eficaz y tan notoria como la suya. El tuvo presencia y gravedad evidentes sobre el área de la política española y consiguió, en medida apreciable, nivelar la influencia alemana y hasta desviar a muchos sectores de la fe en la victoria del Eje o en la conveniencia de esa victoria. Conspiró con suerte. Creó opinión. Mantuvo con tenacidad los intereses de su causa. Fue, en cierta manera, una potencia en España. Todo esto es cierto; pero ya no lo es que él consiguiera la neutralidad española por su trabajo, aunque éste lograra un cierto equilibrio en la opinión y hasta en la política que no todos hubieran alcanzado. Prevé en su libro -algo aguijonea su conciencia- la posibilidad de que yo afirme algún día que la no entrada de España en guerra se deba a mi política; pues bien, en parte acierta Hoare en su previsión. Y digo en parte porque, de igual manera que todo lo malo no podía ser cosa mía en la acción de un organismo *colectivo* de gobierno, tampoco puede serlo todo lo bueno. (Me avergonzaría atribuirme la gloria que a otros corresponde, la vergüenza que otros no tuvieron al atribuirme a mí su parte en la culpa o el error.) Fue ciertamente a la obra del gobierno del que-yo forme parte *como Ministro de Asuntos Exteriores* a la que es debido este triunfo de la consigna de Hoare: Hitler y Jodl, que algo más que Templewood sabían de lo que pasó entre ellos y nosotros, lo han dicho al mundo, descalificando -lo siento- a los pocos desinteresados cuentistas de aquí y de fuera de aquí.

Recuerdo muy bien la llegada a España de Sir Samuel Hoare. Recuerdo las fechas algo mejor que él. La cronología no es en su libro muy puntual. Sin duda Hoare no escribió memorias, no se cuidó de este aspecto del porvenir... al menos en los primeros tiempos de su estancia en Madrid. Por eso, en su libro salta hacia atrás o hacia adelante de un modo tan desordenado que llega a perderse el hilo de su relato, Acaso este defecto no es tanto incapacidad para el método como fingida despreocupación que permite colocar los acontecimientos en el punto o la fecha que mejor le convienen para ilustrar sus juicios. Así, por ejemplo, empieza a ejercer sus funciones de Embajador en Madrid ~ junio del 40 y, utilizando confusamente el plural, puede entenderse que algo tiene que ver con el acuerdo comercial hispano-ingles que había sido concertado en marzo de 1940. Del mismo modo parece dar a entender que el fuera el promotor de las buenas relaciones hispano-portuguesas que ya eran muy antiguas cuando tuvimos el honor de recibirlo aquí. (Arrancaban de los primeros días de la guerra civil y tuvieron en Burgos expresión inequívoca en el acto realizado por el Embajador Pereira y por mí, a que me he referido en los primeros capítulos de este libro.) En otras ocasiones esa imprecisión cronológica le sirve no ya para aumentar sus meritos sino para incrementar la justificación de sus

odios: a cada paso habla de mi presión –como Ministro de Asuntos Exteriores- sobre la prensa dirigida por mí según él, "al servicio de los nazis". A él le constaba que en esas épocas yo no gobernaba la prensa y que esa prensa se gobernaba con frecuencia contra mis conveniencias e incluso contra mí.

En fin, Sir Samuel Hoare presentó credenciales el 8 de junio de aquel año. La ceremonia resultó impresionante. Eran las horas críticas. Con curiosidad levemente hostil, escaso público presenciaba desde la plaza de la Armería, junto al Palacio Real, el paso del coche que conducía al Embajador inglés. El cielo estaba cubierto de nubes y caía intermitente una lluvia pequeña. Era un día gris, casi frío, desapacible. (¿También al servicio de Goebbels, loca primavera de Madrid?) En el gran patio del Palacio, majestuosamente enrejado, la compañía de honores con su banda militar interpretaba con solemnidad impresionante y casi lúgubre el *Dios salve al Rey*. A poca sensibilidad que se tuviera emocionaba oír las notas de aquel himno de un gran Imperio que en aquellos días se alejaba del Continente, quebrantado y casi en derrota. Todo el acto tenía el ambiente de una estampa funeral. Arriba, en la sala del Trono, la cortesía había adoptado un matiz de profunda seriedad: El Gobierno, el Consejo Nacional, los altos cargos militares, civiles y eclesiásticos, en breves hileras de figuras silenciosas. Mas grave aun, más seria, casi rígida, con una dignidad que hasta los atuendos un poco militares –impecables- revelaban, entró la Misión británica. Al frente de ella la figura de Sir Samuel Hoare de continente distinguido, con rostro sanguíneo y levantado. En la mano derecha las cartas credenciales, en la izquierda un espadín ceñido a la cintura. El mundo, en aquellos días, los creía vencidos y ello daba una entonación especialmente dramática a su arrogancia bien medida.

Mi primer encuentro personal con él tuvo lugar en el verano de aquel mismo año en mi despacho del Ministerio de la Gobernación. Lo recibía por lo menos con curiosidad: Treinta y cuatro años en la Cámara de los Comunes, cuatro veces Ministro del Aire, Primer Lord del Almirantazgo, Secretario de Estado para la India, Secretario de Asuntos Exteriores e Interiores, Lord del Sello Privado en el Gabinete de Guerra, rival de Churchill –en cierto modo- dentro del partido conservador (sólo muy levemente esta rivalidad había de dejarse percibir alguna vez a lo largo de nuestro trato), y, por si todo ello fuera poco, encargado por Inglaterra de una misión especial en Rusia en vísperas de la Revolución bolchevique. Era demasiado para que yo pudiera recibirle con indiferencia. Desde mi adolescencia -veinte años atrás- me era familiar su nombre por la lectura de los periódicos. Tan importante había sido antes de venir a Madrid como Embajador que a nadie extrañará que la entrevista dejase en mí un ligero peso de decepción. No me impresionó en la misma medida que esperaba. Tuvo lugar la automática aplicación de ese coeficiente de reducción que es normal, aunque no necesario, en la confrontación actual de un prestigio antes conocido a distancia. La presencia concreta tiene a veces estos inconvenientes.

La entrevista no fue importante ni, en realidad, podía serlo, ya que entonces, aunque Hoare finja ignorarlo para su conveniencia, mis posibilidades de actuación política exterior eran escasas y meramente indirectas. Además de poco densa resultó la entrevista poco agradable. Seguramente a los dos nos estorbaba el orgullo. Y no estaba dispuesto a hacer el papel de joven deslumbrado. Nuestras respectivas posiciones políticas eran bien distintas y alejadas; y aun había por mi parte otras razones profundamente humanas para las que él no ha mostrado la menor comprensión. Hoare, que ha reseñado a su manera aquella entrevista, olvida sin duda lo más importante: que

el tema de Gibraltar, ya que no abordado resueltamente, fue rozado, a iniciativa suya, aunque ciertamente con mucha reserva por ambas partes.

En orden a mis impresiones personales anotaré, como dato curioso, que mi atención, enfocada en un principio hacia él, pronto derivó a la persona que lo acompañaba, acaso porque ésta resultara más misteriosa. Hoare había entrado en mi despacho acompañado por un hombre de aventajada estatura, de aspecto modesto, delgado, con cara afilada y una mirada -a través de sus gafas limpias y frías- entre sagaz y bondadosa. Tenía aquel hombre no sé qué de frailuno y hablaba un castellano puro, con fonética netamente española, sin el menor acento, y tampoco sin el purísimo de alguien que hubiera aprendido el idioma en los libros. Producía una grata impresión de discreción y de honradez. Yo que no lo había visto jamás me preguntaba a mí mismo -pues no tenía a quien confiadamente preguntar- quien pudiera ser aquel hombre: si español o inglés, y también que relación pudiera tener con el Embajador. Me intrigó durante toda la entrevista. Nunca más le vi en aquellos años. Más tarde supe que era inglés y diplomático. Se trataba del Secretario de Embajada Malley: católico -papista- muy sincero, que reside en España desde muchos años, y que conoce España, sus pueblos, su arte, su historia, su carácter, con precisiones de erudito pero también muy humanamente. Hombre de muchas, largas y calladas caridades, de hondas e inmutables lealtades, con sentimientos de amistad emocionantes. Cuando más tarde he conocido cuanto a él se refiere, no he llegado a comprender cómo nuestro país, ahora tan pródigo en honores y condecoraciones, no ha distinguido a este hombre como merece.

Después de aquella primera entrevista no le vi aparecer más por el Ministerio. Hubo sin duda culpa por mi parte, por exceso de precaución; pero hubo mucha más por parte de Hoare y una grave falta de sagacidad. De haberme conocido mejor hubiera utilizado las circunstancias de este hombre que a mí tenían que impresionarme particularmente. Pero Hoare, tan intrigante y coactivo, no comprendió esa oportunidad. Era demasiado *listo*: ya había juzgado y no podía ir más lejos. No obstante, es seguro que Malley hubiera logrado cosas que él no podía lograr: nada ciertamente en el orden de las directrices políticas sustantivas que yo creía deber seguir, pero mucho en la obtención de un tono más fácil y más cordial en las relaciones entre el Gobierno español y la Embajada de Su Majestad británica. Pero tras aquella ocasión -como en otras muchas- Hoare no estaba para tales sutilezas. Tenía su imaginación enteramente consagrada a su juego favorito de soñar truculencias.

Al salir de nuestra entrevista se apresuró a reflexionar sobre el tenebroso lugar en que había tenido la audacia de presentarse: "cerca de allí había -escribe en su libro- el local donde los falangistas llevaban a cabo sus atroces inquisiciones". ¿De dónde, de qué manga³ se habrá sacado Hoare semejante noticia? Cerca de mi Ministerio no había más que un cuartelillo minúsculo donde se aposentaban los hombres de la guardia del ministro que no tenían misión policíaca de ninguna clase.

Del truculentismo imaginativo de Hoare hay muchas muestras en su libro. No me atreveré a sugerir que Hoare padeciera por aquellos tiempos manía persecutoria o, simplemente, que tuviera miedo; pero lo parece. Los dedos se le hacían huéspedes. Por

³ En nuestra primera conversación y durante todas las que siguieron, Hoare, con una especie de tic nervioso, apretaba un pañuelo en la mano, luego lo escondía en la bocamanga y pronto lo volvía a sacar.

todas partes veía pistoleros, terribles e implacables pistoleros al acecho contra su vida. En la página 76 de su libro habla de un pistolero de mi escolta escapado de presidio y espía enemigo ¡cómo se cuenta la historia!: la persona en cuestión jamás perteneció a mi escolta, yo la había conocido escasa y tardíamente con ocasión de la sublevación en una cárcel a que Hoare se refiere. Ese conocimiento casual no hubiera pasado a mayor comunicación si el mismo Hoare no me hubiese notificado un día que le había invitado (al que llama pistolero) a hacer un viaje a Londres ya que la Embajada deseaba tomar contacto con elementos activos de la juventud española. Así pues ¡fue el Embajador británico quien metió a este hombre en la danza! Nuestro hombre fue a Londres y allí organizó un servicio de prensa que, sin ser nada importante, no dejaba de tener alguna utilidad. Luego vino a España y regresó a Londres una segunda vez; mas después de este viaje comprobé en su información faltas de exactitud, fantasías y otros excesos, por lo que le prohibí que volviera allí nuevamente. Más tarde, fuera yo de la actividad política, pude comprobar cómo habían ocurrido las cosas: La persona en cuestión se presentó un día en la Embajada británica y manifestó su decepción por todo lo que en España estaba ocurriendo; y especialmente de sus camaradas de la Falange sobre la mayor parte de los cuales emitió juicios enérgicamente desfavorables. A Hoare -tan aficionado a las incursiones por la política interior y a la recluta de disidentes- le pareció que aquel podía ser excelente colaborador para sus planes de agitación y decidió utilizarlo enviándolo a Londres como vivo testimonio de su habilidad política. Lo que desde su punto de vista se comprende bien. En realidad no sé demasiado concretamente lo que allá pasó: aquel joven, que era ciertamente un espíritu inquieto, sirvió otros intereses, ¡le engañó! Con razón (lo he sabido con toda certidumbre) Sir Samuel Hoare estaba frenético cuando, desde la altura de su experiencia, se vio engañado por una persona a la que él había elegido como ocasional instrumento para su maniobra. (Sir Samuel Hoare y yo hemos tenido a veces coincidencias negativas cuya exposición hubiera hecho su libro mucho más entretenido y jugoso.)

A veces la truculencia del Vizconde de Templewood es un simple recurso literario para dar fuerza dramática a su visión de una España tenebrosa. Su afición al melodrama es innegable. (Prescindo del retrato que ha pintado de mí en relación con la figura del Conde Mosca de Stendhal, percibida por cierto con muy escasa sensibilidad literaria.) No desdeña, para ello, el artificio de reunir en un mismo tiempo sucesos ocurridos en las más diversas ocasiones y lugares. La confusión cronológica es, según ya hice notar, una de sus especialidades. Así en el Hotel Ritz, donde se hospeda, recién llegado (pag. 22), asiste simultáneamente al suministro de una purga a un ex-Ministro (brutalidad que no ocurrió en el Ritz sino en el Hotel Palace, y que, encontrándome yo en el sur de España, cometieron, para crearme un conflicto, gentes de notoriedad cuyos nombres podía haber publicado en su libro) y al suicidio de una señora alemana, hecho cierto pero que no tuvo lugar a la llegada de Hoare sino ¡cuatro años más tarde!, en 1944, al final de la guerra, sin que nos alcance a los españoles la menor culpa en el suceso. (El Gobierno de Berlín llamaba a muchos de sus súbditos residentes en España, las cosas en Alemania andaban mal y aquella señora antes que volver allá intentó suicidarse. ¿Para qué planeta escribirá Templewood?)

La truculencia sirve otras veces a su mala fe: refiere Sir Samuel que cada vez que iba a verme encontraba mi antesala llena de gentes que venían a interesarse por personas cuya vida estaba pendiente de mi decisión. Pues bien, Hoare, que no ignoraba casi nada de lo que se refiere a la organización del Estado español, sabe que yo no tenía nada que ver en tales materias; que de mi decisión no dependió jamás ninguna vida; que yo no hube de

intervenir y que no intervine en un solo caso de esa índole. Hasta el peor informado sabe que la represión estaba atribuida a la jurisdicción militar de manera exclusiva.

Sus falsas afirmaciones hechas de mala fe se refieren, otras veces, solamente a cosas triviales: alguien le dice a Hoare para hacer un chiste halagador que yo he aceptado un "cocktail" de Hitler en Londres para celebrar la victoria en 1940. Es entupido pensar que tal invitación se haya hecho ni aceptado. Ni en broma había oído hablar de semejante cosa: Hoare nos la cuenta (página 51) con toda su seriedad. Otra inexactitud de su libro: Refiere que a la llegada de los alemanes a Hendaya obtuvo sobre mí un triunfo personal, a través del equipo Beigbeder que le era adicto, evitando se celebrara en San Sebastián un desfile de tropas alemanas. Nada más contrario a la verdad. Las cosas sucedieron así: El Comandante Ochotorena, jefe de la frontera de Irún, comunicó al Secretario General de la Dirección de Seguridad un incidente desagradable acaecido en la frontera al interpretar la banda militar alemana, a continuación del himno alemán, el himno de Riego que era el de la República española. Había sido un error de los militares alemanes creyendo que era el de la España nacional. Con este motivo Ochotorena pedía instrucciones sobre si debía o no asistir al desfile que iba a celebrarse al día siguiente en San Sebastián. Y comprendiendo la gravedad del caso el Secretario lo puso inmediatamente en conocimiento del Director General que me informó de cuanto se proyectaba y yo lo comuniqué todo a Franco. Se investigó el caso, se prohibió el desfile, se destituyó a la autoridad de San Sebastián que por su cuenta lo había permitido.

En cambio soy yo quien va a referir ahora a sus lectores un positivo triunfo de Hoare, que él mismo ignora en algún aspecto. Sin conocimiento de Franco ni del Gobierno concertó con el Ministro Beigbeder un protocolo adicional secreto al Convenio hispano-inglés; por virtud de este acuerdo la lista de mercancías calificadas de contrabando de guerra aumentaba considerablemente y, con ello, correlativamente, quedaba recortado el comercio alemán con España. Este es un tanto que, legítimamente, puede apuntarse Templewood. Cuando yo pasé a regir nuestra política exterior me encontré con esa incómoda realidad; los alemanes estaban justamente indignados. Constantemente trataron –por todos los medios- de anular aquel protocolo adicional que tanto les perjudicaba. Protestaron y hasta amenazaron. La situación llegó a ser difícil, pero, como todavía hubiera sido más grave la que nos podía crear la represalia aliada, lo mantuvimos a todo trance. Esto ya no fue mérito de Hoare, sino obra de la independencia del Gobierno español.

Como no he querido fatigar al lector con la lista completa de las truculencias del libro del Vizconde de Templewood, tampoco molestaré apurando la lista de las innumerables inexactitudes que contiene. Pero veamos todavía un caso en que unas y otras se combinan armoniosamente. Me refiero a cuando Hoare relata el incidente de la agresión a la Embajada inglesa ejecutado por "falangistas" procedentes de una manifestación celebrada con ocasión de haber declarado Alemania la guerra a Rusia. No era aquella la primera manifestación hostil que se había producido. Como Hoare refiere, no faltaron en aquellos tiempos manifestaciones pro Tánger y Gibraltar con cualquier pretexto. Pocas veces esas manifestaciones se celebraban con mi asentimiento y algunas perturbaban mis gestiones. Mi política era bien definida y apoyarla con tales algaradas no era ni mi conveniencia ni mi deseo. Casi todas las veces -Hoare debe saberlo- los promotores de esas manifestaciones pertenecían a grupos que no me profesaban el

menor afecto y obedecían a mandos que me eran totalmente adversos. Es cierto que alguna vez vi con el mayor agrado manifestaciones de aquella especie, cuando eran útiles por razón de su oportunidad. Otras veces las aceptaba porque eran espontáneas además de convenientes (aquella de Rusia por ejemplo), pero, repito, que casi siempre me contrariaban porque no obedecían exactamente a las conveniencias de la política que servía. Me preocupaba además las derivaciones que pudieran tener, pues una manifestación que arranca espontánea y limpiamente, con un objetivo concreto y plausible, puede desembocar en otros imprevistos e inconvenientes. Así sucedió aquella vez. Estaba yo trabajando en mi despacho de Asuntos Exteriores cuando me llamaron para comunicarme que la manifestación se estaba produciendo y que, estacionada la multitud ante el edificio de la Secretaria General del Partido en la calle de Alcalá, esperaban una voz que diese significación al acto. Los jerarcas que ocupaban el gran balcón del edificio no sabían que decir y me llamaban. Me trasladé allá y desde el balcón pronuncié una breve arenga: "Rusia es culpable." Ya estaba decidido el envío de la División Azul. Ese debía ser el único sentido de la manifestación. Al concluir mi discurso dije: "Ahora disolveros con orden y no oigáis otra voz que la del mando, porque no han de faltar elementos interesados en perturbar y llevar las cosas por otros derroteros." (Léase la prensa de aquel día.) Justamente temía que a la significación anticomunista de aquel acto le quisieran añadir, quienes siempre estaban empeñados en ir más lejos que yo, otras significaciones peligrosas. A poco que se medite se comprenderá que a nadie perjudicaba esto más que a mí. Era perturbar un plan político de matices delicados cuya responsabilidad asumía Yo enteramente.

Lo cierto es que el desorden se produjo y unos grupos se acercaron a la Embajada y apedrearon los cristales. Verosímilmente tal desviación la promovieron algunos extremistas, habitualmente fuera de la órbita de mi disciplina, instigados por agentes de la Embajada alemana que obraban -según creo- a espaldas de su Embajador. Sea de ello lo que fuere, me había retirado a mi casa con la garganta destrozada por el esfuerzo de hablar sin altavoces, cuando el Barón de las Torres, primer introductor de Embajadores, me comunicaba que Hoare deseaba verme. Le recibí en seguida y en mi casa: Como él refiere vino acompañado por todos sus colaboradores, la mayor parte uniformados y armados. Entró muy serio, como era natural. Formuló enérgica protesta por lo ocurrido. Le escuche con respeto y sin un gesto y contesté que el Gobierno deploraba y condenaba lo ocurrido, tomaba todas las medidas necesarias para que no pudieran repetirse tales cosas y se ponía a su disposición para indemnizar los daños causados. No podía decir menos pero tampoco más; y lo dije con toda sinceridad. Esto desconcertó a Hoare que sin duda esperaba de mí una actitud distinta que le diera pie para el escándalo. Sólo a eso puedo atribuir su impertinencia, perdió los nervios y temblando con ira extrema dijo: "Esto sólo sucede en un país de salvajes." Al oírle señalé la puerta y di por terminada la entrevista. Lo que había ocurrido por la mañana era ciertamente intolerable y grave, pero aun lo era más aquella actitud suya después de las explicaciones que se le habían dado. En la zona roja en tiempo de nuestra guerra civil los demócratas españoles asaltaban Legaciones y Embajadas y encarcelaban y asesinaban a los refugiados sin que Sir Samuel Hoare se escandalizara por ello.

La actitud de aquel hombre, tan torpe como injusta, me llenó de amargura. Su experiencia política y su inteligencia le debían haber hecho comprender lo poco que a mí me convenía todo aquello. La flema británica no le había acompañado en aquella ocasión. "Como alguno de su gente era un peligroso pistolero -comenta en su libro- quizá fuera mejor que la entrevista no pasara de las palabras a los tiros." ¡Que tardía



Von Ribbentrop anuncia a la prensa la iniciación de hostilidades contra Rusia.



Los Generales Muñoz Grandes y Esteban Infantes, jefes sucesivos de la División española de voluntarios.



Voluntarios de la División Azul en el frente del Este: "Rusia es culpable".



Comandante Salas, jefe de la Escuadrilla Azul condecorado con la Cruz de Hierro alemana.

jactancia! Pero si, tiene razón, fue mejor. Yo no tenía allí ningún pistolero; sólo estaban en mi casa un secretario mío, Registrador de la propiedad, "que como gordo era pacífico" y un alférez de la guerra que era jefe de mi escolta. Pero parece que también Sir Samuel pasó miedo en esta ocasión.

Dice Hoare, y lo repite con frecuencia, que le era extremadamente difícil obtener audiencia y verme cuando lo necesitaba. De su mismo libro se desprende que esto no es exacto y que me veía a todas horas. En efecto, nuestras entrevistas fueron numerosas y, aunque ahora no lo manifieste, fue siempre -menos en la ocasión referida- considerado y deferente conmigo. Habló conmigo siempre que deseó hacerlo e incluso fuera de las horas de audiencia diplomática. Del mismo modo le arreglé cuantas entrevistas necesitó tener con el Jefe del Estado. Recuerdo que en una ocasión solicitó ser recibido inmediatamente por éste. El Jefe del Estado no podía recibirle, insistió el Embajador, y a las pocas horas se celebra la audiencia pedida. Yo solía recibirle, como a otros jefes de misión, después del mediodía y él adquirió la costumbre de venir ya almorzado; y como las entrevistas duraban a veces varias horas -en ocasiones las prolongaba él innecesariamente- y yo estaba en ayunas, me llevaba esa ventaja. Discutimos desde el principio y discutimos mucho. El era hombre experto y muy avezado a la polémica y yo, si siempre le escuché cortésmente, nunca entendí que la cortesía me obligara a renunciar a la replica y al ataque, con rapidez y con dureza cuando fue necesario. En todas nuestras conversaciones hubo un testigo quien habrá de convenir con Hoare y conmigo que la lucha -pues es verdad que en buena parte fue lucha nuestra relación- estuvo siempre bien sostenida por los dos.

Cuando cayó sobre mis hombros la responsabilidad de la política exterior, en medio del revuelo y de la preocupación que esto produjo en la Embajada, Hoare, al visitarme, me preguntó si podía explicarle los motivos que habían determinado este cambio en la formación del Gobierno y los propósitos que yo traía al Ministerio. Le manifesté que mi acceso a aquel Ministerio representaba el propósito del Gobierno de seguir, sin titubeos ni peligrosas confusiones, una política exterior definida y salir del aislamiento en que España se encontraba. Le añadí que había de comprender nuestra natural gratitud a los países que nos habían demostrado simpatía y amistad durante nuestra guerra de liberación, pero que nuestro propósito era vivir alejados del conflicto actual, aunque nuestro deseo ferviente fuera el aniquilamiento del comunismo. España, por la situación especial en que se encontraba, por la enorme cantidad de problemas interiores a que había de atender, aspira -le dije- porque es su conveniencia, a mantenerse alejada de la guerra; lo que hará mientras no sea atropellado su honor o no se pretenda asfixiarla o sitiarla por hambre. Con esto apuntaba ya a la eterna lucha que el Gobierno sostenía para obtener de las Embajadas inglesa y americana los "navicerts" y permisos de carga, especialmente para la gasolina y el trigo. La vida de España estaba siempre a merced de estas concesiones angloamericanas. Si nosotros nos hubiéramos achicado, si no hubiéramos replicado adecuadamente a la intimidación de aquellas Embajadas, habríamos carecido de todo y nuestra vida se hubiera interrumpido. "Si nos niegan el ejercicio de nuestro derecho a comprar mercancías vitales para el país, con nuestro dinero, y a traerlas aquí por el mar libre, entonces son ustedes quienes nos empujan al conflicto." Este argumento lo empleé con éxito frente a los embajadores aliados especialmente con Sir Samuel Hoare. Creo que con mi energía algo contribuí a que de las "dos escuelas de pensamiento" a que se refiere Templewood en la página 62 de su

libro, "la de la gran estaca" (big stick policy) o "la de la zanahoria" (the carrot) se practicara la segunda.

En una ocasión en que imprudentemente las Embajadas nos apretaban demasiado y parecían decididas a negárnoslo todo, yo hube de aprovechar desde Barcelona la tribuna de un Consejo Nacional de la Sección Femenina (11 de enero de 1941) y desde allí, con la máxima resonancia, formular nuestra "contraintimidación" en estos términos:

"Demasiadas gentes, en el interior de España y, sobre todo, en el exterior, por una incurable frivolidad o por insano rencor, se desentienden de este problema, mientras nosotros tenemos agobiado el corazón por el peso terrible de tanta necesidad y de tanta miseria como padece nuestro pueblo. A los españoles, altos y bajos, apelamos para que, en apretada hermandad -hecha de ejemplos y sacrificios-, se agrupen en torno de la acción de gobierno desvelada para aliviar este problema. Frente a lo que los tontos dijeron sobre nuestras posibles locuras, yo tengo que afirmar, y podría probar, que nuestros pasos han medido todos los caminos de la prudencia para intentar resolver este grave problema, para dar de comer al pueblo español, compromiso que nos obliga y nos acucia como ningún otro. Y en esta actitud estamos, y en ella perseveramos; pero hemos de decir que el problema ha de resolverse ahora, para este invierno, ¡Y pronto!, sin tramites dilatorios. Necesitamos pan para que el pueblo trabaje, no un día, ni dos días, sino todos los días. Y si ante esto, que es mera exigencia de nuestro derecho de vida, las gentes estuvieran insensibles a nuestras demandas y nos negasen el pan o hicieran imposible el trabajo del pueblo español, o nos exigieran *como* precio el honor, entonces, ¡qué riesgo, qué dolor, ni que muerte podrían detenernos! Bueno es que se sepa, aquí y fuera de aquí, que los españoles en ningún fuego se abrasan tanto como en el de la afrenta."

A mi regreso de Barcelona nos daban los "navicerts" en cuya obtención habían fracasado las gestiones de los técnicos de 1ª Administración española.

Y esto es todo. En un momento de su libro el mismo Hoare no deja de reconocer la conveniencia que nuestra política significó para España. Conveniencia defensiva, al menos. Es natural que otros matices de esa conveniencia él no los admita. Pero ¿por qué desfigurarlos? Si él ha servido su patriotismo inglés por todos los medios ¿no ha de sernos lícito a nosotros hacer lo mismo? Un hombre que ha estado tanto y tan adentro en la vida política de España en aquellos años y que enjuicia con evidente clarividencia algunos acontecimientos interiores ¿cómo no ha de comprenderlo así? ¿cómo no ha de comprender que el mayor enemigo de aquella posición oficial que yo más concretamente representaba, el único que podía dañarla estaba en las filas de la germanofilia incondicional, en aquellos pequeños sectores dependientes de la *superembajada*? Desde allí se nos acusó siempre de una germanofilia insuficiente y meramente verbalista. Los que esto decían se proclamaban como los únicos germanófilos legítimos. ¿No es ésta una prueba de nuestra independencia? Amigos de Alemania si, pero no siervos.

La soberbia de Hoare es tanta que él hubiera pretendido, para presentarse en Londres como indiscutido triunfador, que yo hubiera dicho pública y privadamente y en todo momento que jamás Alemania podía contar con nosotros, y que hubiera pronunciado cándidos discursos neutralistas. Hoare se habría lucido en Londres y... nosotros aquí: la invasión alemana se hubiera producido fatalmente. Contrariamente a su deseo, fiel a mi

deber, ni políticamente ni en mi comunicación social dije nunca, categóricamente, semejante cosa. Y fue esta conducta del Gobierno español -he de decirlo otra vez- la que produjo el beneficio de la neutralidad española incluso para la causa aliada. Pero Hoare nunca lo reconocerá así. Seguirá ignorando datos que un historiador no debía ignorar (las manifestaciones de Hitler, de Jodl, del *Diario* de Ciano), porque la hazaña ha de debérsele a él y sólo a él y esto aunque yo declare -con lealtad de adversario que él no merece- que Hoare tiene en la hazaña toda la parte que un embajador extranjero pueda tener en las decisiones de un país libre. Ya es mucho, y lamento que no pueda ser más. Lo que ocurre es que a este hombre, que jugó hábilmente con las cartas buenas que tenía en la mano -las necesidades de España-, le hubiera gustado también tener éxito con las cartas malas: la intriga en la política interior. Hoare trató de convertirse en "jefe oculto de la oposición", con lo que no favoreció ciertamente los intereses británicos en España y en cuya empresa fracasó, además, ruidosamente. En compensación de esto hay que reconocer que su contraofensiva a la acción alemana en España fue eficaz y brillante; y es de lamentar que esa acción alemana en España no fuera tan truculenta como él pretende porque su papel de Pimpinela escarlata queda así un poco disminuido⁴. ¡Qué le vamos a hacer!

Seamos justos, Lord Templewood: vea como yo lo soy al no recabar -como en su libro sospecha- toda la gloria y al reconocer que, aunque no mucho, algo en la neutralidad española pertenece al Embajador Hoare, como... también a Molotov y a Stalin: porque tratándose problema es en el historiador una omisión de bulto no recordar, por ejemplo, el viaje a Berlín del Ministro soviético que tanto influyó -negativamente- en el momento psicológico español de 1940⁵ y olvidarse de Stalin -llegada la ruptura germano-rusa- impidió a Hitler prestar por entonces atención a las cosas del Oeste. Eso alejó de nuestra tierra a la Wehrmacht con más seguridad que todas las intrigas de Sir Samuel Hoare.

Aquí debía terminar este capítulo. Mas, puesto que al fin y al cabo este es un libro mío ¿por qué no dar importancia en él a lo que a mí mismo se refiere? Me cabe el honor de ser casi el protagonista del libro de Hoare. No es que falten ofensas -o elogios que valen como ofensas- para otras personas. A nadie sin embargo, dedica cosas tan delicadas como a mí: ¿qué defecto, qué vicio, qué debilidad no llegará a atribuirme? De mí ha podido decir, sin duda con verdad, cosas desagradables que no me hubieran sorprendido, pues hartos se me alcanza cuantos son mis defectos. Mas casi todos los que me atribuye me sorprenden. "Durante dos años -dice al relatar mi "caída" que cierra "un extraño capítulo de su vida"- el Ministro y yo habíamos estado en guerra abierta." La que es cierto pero con una diferencia: con nobleza por mi parte, innoblemente por la suya, como demuestra la reacción de su panfleto. Porque hay algo pequeño, mezquino, pobre,

⁴ Es obligado decir que la acción alemana contra ingleses fue en España insignificante y frente a ella, pese a lo que Hoare diga, el Gobierno se mantuvo neutral y en muchas ocasiones defendió a los más débiles. Quien tenga memoria que recuerde y compare: el destino de los perseguidos por Alemania ¿puede compararse en España, ni de lejos, al de los alemanes perseguidos ahora? En cuanto a los anglófilos, fueron tratados con especial amabilidad, como siempre pude comprobar, en las recepciones de la Embajada alemana donde tenían brillante y nutrida presencia.

⁵ En un discurso que yo pronuncié en aquel tiempo dije estas palabras: "España necesita salvarse para sí y para ser otra vez reserva en la salvación de un mundo enloquecido; un mundo sin principios que nos ofrece el espectáculo de una guerra entre quienes ayer a punto estuvieron de sellar una alianza, o al revés. Pueblos de un mundo a la deriva en el mar del pensamiento que basan sus actitudes en motivos meramente contingentes y ocasionales; y de espaldas a lo inmutable cultivan un relativismo internacional ajeno a todo límite."

en los matices con que muestra su enemistad de la que no siempre declara las raíces: por ejemplo en una ocasión el Ministro de Grecia -Almirante Argyropoulo- había estado insolente y ofensivo con España porque Italia hacía la guerra a su país. Pedí su relevo. Es seguro que una mediación cordial de cualquier embajador hubiera remediado las consecuencias del incidente. Hoare procedió de este otro modo poco cortes: me invitó a una comida a su Embajada y al reclamar, como prudentemente hacía siempre en tiempo tan difícil, la lista de invitados me encontré entre ellos al Ministro de Grecia. Era una indelicadeza impropia de un diplomático. Renuncié a la comida, no se me dio ninguna explicación y nunca más hubo ocasión de otras invitaciones. Sir Samuel silencia todo esto para presentarme a sus lectores como descortés con él y, lo que es peor, con Lady Maud y a este fin escribe: "Aquellos que conocieron a Serrano Suñer íntimamente - pienso de modo particular en los Embajadores de Portugal y de Brasil en Madrid- me decían que poseía un gran *charme* personal⁶. Yo no tengo experiencias personales sobre este aspecto de su carácter. Con Lady Maud y conmigo fue persistentemente rudo. Afortunadamente, no recibimos nunca una invitación para su casa. Sus amigos también me decían que era un devoto de su numerosa familia. Es verdad que adoraba a su hijo mayor hasta el extremo de haberlo hecho pintar con un uniforme austriaco blanco y la Orden de San Estéfano, en imitación exacta del retrato de *l' Aiglon*." ¡Cuánta pequeñez y cuanta incongruencia en tan pocas líneas! Denuncia mi falta de atenciones hacia ellos para reaccionar con un malhumorado *¡afortunadamente!* como podía hacerlo cualquier muchacho enfurruñado. Y aun añade otra pequeñez reticente como la del cuadro de mi chico, como si todo aquello tuviera una significación oculta. Lo que no sabe Hoare es que si da un paso más -¡qué escándalo nos hemos ahorrado!- lo encuentra disfrazado del mismísimo Napoleón.

Todo esto, como aquellas otras imágenes de la tenebrosidad española, constituyen sin duda la fase ridícula del libro de Hoare. Sus mismos compatriotas concedores del terreno tendrán que proclamarlo así. Aquellos pistoleros que le acosan para matarle, cuando es obvio que su vida jamás corrió el más leve peligro. Aquellos policías que cuando va a Sevilla le persiguen hasta en el interior del Palacio del Cardenal. Aquellas radios que comunican a Alemania cuando él cruza la frontera ¡qué cosa tan extraordinaria! (Cuando Stohrer, hombre mucho menos notorio que Sir Samuel, pasa la frontera ¿no habrá una radio que lo comunique a Londres?)

No creo que nadie se trague esta leyenda de su heroísmo. El se movió libremente por España: organizó reuniones, conspiró, contrarrestó la propaganda y la información alemana en la Península, fue, en suma, un embajador de guerra y tuvo éxito. ¿Le hubiera sido posible todo eso en el ambiente que ha pintado? Yo mismo, en papel de adversario, le respeté siempre. Por esto, más de una vez con reticencia, me decía el Embajador alemán: "Su amigo Sir Samuel." Y si nunca fue mi amigo no me avergüenza confesar que en algún momento pensé que dos años de una relación áspera pero inteligente, y con lealtad cada uno a su causa, habría dejado entre nosotros esa huella de estimación parecida a la amistad que suele quedar de la fricción frecuente entre dos buenos luchadores. Si es ahora evidente que me equivocaba, y si ello no es precisamente una alegría para mí, tampoco me causa la amargura que producen otros desengaños.

Perdido en el rencor, en el efectismo, en la anécdota insustancial, incluso los servicios prestados a su patria quedan desdibujados. Y sin negar sus méritos -al contrario-

⁶ Gracias.

también sería injusto olvidar en toda su gestión la inspiración que recibiera del político de primera magnitud que, desde Londres, dirigía la política británica y que, esforzadamente, ganó una victoria hartamente más valiosa que una leyenda mal tejida.